



**CUENTA  
TRES**



editorial graviola

Edición de textos:  
Beatriz Gómez Baceiredo  
José Antonio Pérez Aguirre  
Antonio Martínez Illán

Derechos de autor:  
VV.AA.

Portada y maquetación:  
Editorial Graviola

Ilustraciones:  
Adriana Ruiz León  
Adele Orduna  
Aitana Usurbil  
Lucía Boned Tarapiella

Fotos:  
Cedidas por autores

Primera edición:  
agosto 2023, Pamplona, España

[www.editorialgraviola.com](http://www.editorialgraviola.com)  
[editorialgraviola@gmail.com](mailto:editorialgraviola@gmail.com)

ISBN: 978-84-125039-8-2  
Depósito legal: NA 1889-2023

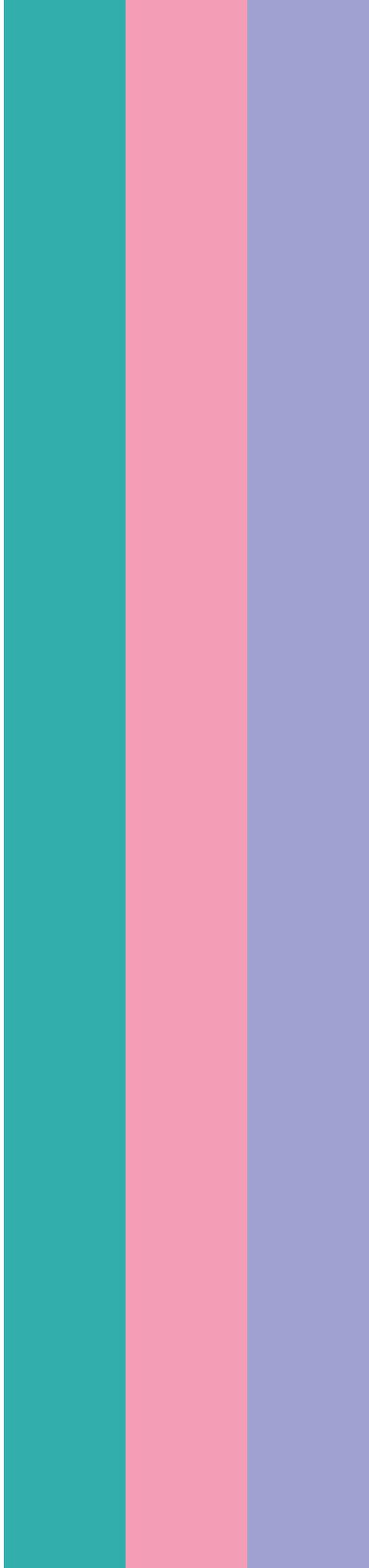
# **CUENTA TRES**

**Antología de relatos de estudiantes de la  
Facultad de Comunicación,  
Universidad de Navarra**

**Beatriz Gómez Baceiredo  
José Antonio Pérez Aguirre  
Antonio Martínez Illán  
(Eds.)**



editorial graviola



# Índice

<i>PRÓLOGO</i> .....	7
Adriana Obregón.....	10
<i>TAXIDERMIA</i> .....	11
Alejandro Gómez.....	22
<i>OVACIÓN A UN PADRE EN PENA</i> .....	23
Fátima Villalobos.....	28
<i>EL LUGAR AL QUE TENDRÉ QUE VOLVER</i> .....	29
Juan González Tizón.....	34
<i>MAÑANA MÁS</i> .....	35
Sofía Corrales Funez.....	44
<i>UNA VIDA EN RECIBOS</i> .....	45
Jocelyn Holguín Hernández.....	50
<i>UN TESORO</i> .....	51
Emiliana Rico Perisse.....	54
<i>LA MANTA ROSADA</i> .....	55
Sofía Tomás González.....	58
<i>SIN FONÍA</i> .....	59
Mariana Santivañez.....	65
<i>LA PROMESA</i> .....	66
Guadalupe García.....	70
<i>EL HIJO DE MANA</i> .....	71

Sofía Lopera Sánchez.....	75
<i>TISTA</i> .....	76
Lucía Iraburu García.....	86
<i>EL DÍA QUE ME CONVERTÍ EN CENIZA</i> .....	87
Macarena Fernández. ....	90
<i>CORRE, CORRE, CORRE</i> .....	91
Gabriel Díaz Mirones.....	96
<i>EL NIÑO Y EL DARIÉN</i> .....	97
Irene Ramírez.....	101
<i>LA VIDA SOBRE RUEDAS</i> .....	102
María Lucía Suárez.....	106
<i>EL PASTO NO ES MÁS VERDE DEL OTRO LADO</i> .....	107
María Victoria Losa.....	122
<i>SUMA Y RESTA</i> .....	123
<i>ILUSTRADORAS</i> .....	129
Adriana Ruiz León .....	131
Aitana Usurbil.....	133
Lucía Boned Tarapiella.....	135
Adele Orduna.....	137

## PRÓLOGO

Mañana, cuando quizá la inteligencia artificial dé vacaciones a muchos pensamientos, alguien descubrirá que quien mira también es visto por el otro (quizá otro con más experiencia); o contemplará cómo alguien intenta despedirse de una joven en un funeral; o cómo esa niña, esa mujer, comprende demasiado pronto la violencia familiar de un padre y la fatalidad ante la que solo cabe la huida; o...

Confiamos en que esta hilada de descubrimientos posibles desde los primeros relatos de *Cuenta 3* sean apenas un punto de partida para los lectores. Confiamos en que su curiosidad dará nueva dimensión a los diecisiete relatos. Contamos con su complicidad en esa pasión genuina por encontrar un sentido (no el único) a las cosas, por pensarlas, y por comprenderlas (probablemente tarde). Contamos con su esfuerzo. Murakami escribe con agudeza que el trabajo de los escritores no destaca por su “inteligencia intrínseca”, y que tan solo se trata de “tocar y retocar frases hasta descubrir si funcionan o no”. Si se interpreta que los escritores se dedican al toqueteo, a dar rodeos trabajosos para poder contar aquello que no pueden expresar con menos (con más claridad), es también, digámoslo, porque les gusta.

¿Pero qué gusto se encuentra en la lentitud, en la amplificación de lo que una inteligencia podría expresar

en un plis plas, en lo que siempre parece inacabado para los autores? (Dejen, dejen editar su texto otra vez a un escritor...).

Es por la búsqueda en el rodeo; por las andanzas, que diría el clásico. ¿Cómo arrancar a nuestros autores el gozo de la búsqueda y la posibilidad del tesoro? Entre rodeos, aunque limitados por la distancia corta, la escritura de estos narradores jóvenes, hijos del SXXI, procedentes de Bolivia, Colombia, España, Honduras, México, Perú, Venezuela... se revela tradicional (decía Ibargüengoitia que “todos somos sitios arqueológicos”) cuando resuenan como ecos atenuados los maestros leídos, compartidos, en las aulas de la Facultad de Comunicación: Berlin, Lahiri, Calcedo... Pero también se rebela, insumisa, ante la realidad que contemplan sin la vista cansada.

El esfuerzo de la escritura de estos diecisiete relatos ha conducido a la alegría de la publicación. Pero ese es solo un final aparente, porque la última andanza siempre corresponde al lector. Ojalá la lectura inteligente vivifique hoy esta colección de relatos. El título de la edición invita a tomar aliento, a darse un respiro (escúchese como un susurro: “Cuenta tres”). Solo queda por decir: un, dos, tres; léase despacio, por favor.

Pamplona, julio, 2023

*Beatriz Gómez, Josean Pérez y Antonio Martínez*

# **CUENTA TRES**



ADRIANA OBREGÓN

(Lima, Perú, 2000)

Graduada de Literatura y Escritura Creativa y estudiante del grado de Filosofía. Autora del relato *Grullas de papel*, publicado en la primera edición de *CUENTA* (2021). Participó con un cuento para la antología *Cuaderno blanco. Relatos para la Navidad*, publicada por Relatos Minerva.

Su escritura trata temas como la fragilidad, la infancia y la pertenencia de la vida humana.

## TAXIDERMIA

No nos gustaba ir a la casa de los Bianchi.

Nos gustaba ir a Miraflores, eso sí. Pasear, estrenar vestido, estar cerca del mar.

Un hombre había abierto una churrería en la Avenida Larco y, cuando íbamos a Miraflores, papá paraba el MG rojo en la puerta y se bajaba para comprarnos uno a cada una: uno relleno de chocolate y otro relleno de manjar blanco, morenos y espolvoreados de azúcar.

Ese momento era el mejor. Papá conducía despacio y nos decía que no tocáramos los sillones de cuero crema con nuestras “manitas grasientas” y, de vez en cuando, una de nosotras estiraba la mano al asiento de adelante, para que papá diera un mordisco al churro, aún con las dos manos en el timón, conduciendo bajo los tamarindos y con el Pacífico descolorido frente a nosotros.

A veces le pedíamos una vuelta más, o le decíamos que no habíamos acabado de comer cuando en realidad solo quedaba azúcar en cucurucho de gasa, porque queríamos alargar el momento lo más posible. Porque, cuando termináramos, tendríamos que limpiarnos las manos, y emprender rumbo a la casa de los Bianchi, y verle a él, y a su mujer, y a sus animales disecados.

—¡Luis! —Bianchi le dio a mi padre un abrazo. Con su traje azul marino y sus patillas parecía un Miguel Grau entrado en años. Se acercó a nosotras y nos plantó

un beso a cada una en la mejilla—. ¡Pero qué grandes están tus chicas! ¡Y si son igualitas las dos!

Siempre decía eso. Y a mí no me gustaba.

Bianchi cogió el whisky que mi papá le ofrecía y se lo dio a la chica que le pisaba los talones, con la orden de guardarlo y sacar un jerez: el señor y él tomarían algo en el jardín, mientras que las niñas y la señora comerían algo en el estudio.

—¿Me disculpan un momento? —pregunté.

Los golpes en la puerta del baño sonaron familiarmente. Una melodía inventada, cinco golpes, un silencio y otros dos golpes.

—¿Estás vomitando?

La voz de mi hermana susurraba, pegando sus labios a la puerta.

Yo no pude responder. Estaba vomitando.

—Si no sales ya, empezaré a gritar.

Me incorporé para limpiarme la boca con la toalla de manos rosada y jalé la bomba.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Estoy bien. —Mi voz sonó extraña, un tanto rasposa. Me miré en el espejo para peinarme con las manos y salí del cuarto de baño.

Mi hermana me estaba esperando. Sus ojos color granadilla me miraban fijamente. Desde que me encontré vomitando en el colegio, no me perdía de vista.

—Le voy a decir a papá.

—Dile si quieres, me importa un bledo.

Las dos nos quedamos calladas en el pasillo, frente a frente, sin mirarnos a los ojos.

—¿Vamos? —Fue ella quien rompió el silencio.

Yo no le respondí y me encaminé hacia el estudio, para esperar en los sillones rosados con los animales disecados por compañía.

Taxidermista y científico, Pietro Luciano Bianchi llegó a Cuzco en 1888, dicen sus sucesores, con el patrocinio de los De Santi, una importante familia lombarda, para enriquecer la colección privada de los señores con los más exquisitos especímenes de las Américas. Es verdad que en su primera visita a la tierra de su celebrado ancestro, el actual señor Bianchi no halló registro de ninguna familia De Santi ni de ningún señor Bianchi (aunque sí de una tal Pierina Bianchi, que zarpó hacia América dejando atrás a un hermano lleno de deudas), pero todos obviamos ese dato y la historia se quedó como estaba. Después de todo, la mejor prueba de su veracidad eran los especímenes, que habían pasado a sus hijos, que se los dejaron a sus nietos, que se los dejaron a sus bisnietos, que muy generosamente se los cedieron todos a Luis Bianchi, el primo menor de la familia. Y esos animales de las partes más diversas del Perú habían acabado juntos en Miraflores.

En general, la casa era normal, bastante a la moda, con cortinas pesadas y suelos de mármol. El estudio, por el contrario, tenía una alfombra persa, unas sillas Luis XVI y un olor a armario cerrado. Había un escritorio de caoba, decorado por un mapamundi y unos papeles cubiertos por una fina capa de polvo.

En las tres paredes donde no había ventana, se intercalaban las vitrinas y los libreros. Dos metros de libros con las páginas sin cortar y luego otros dos metros de estanterías, que iban de pequeño a grande. Primero

los moluscos (o lo que quedaba de ellos, o sea, sus conchas); luego los insectos: mariposas de colores, grillos, saltamontes, libélulas, escarabajos, inmovilizados todos por pequeños alfileres y rótulos en los que se leía con letra menuda: *Morpho didius*, *Titanus giganteus*, *Paederus amazonicus*. Luego, los peces, flotando a unos centímetros de sus bases de madera gracias a pequeños alambres. Después, los reptiles y las aves, posando algunos junto a sus cáscaras de huevo o piel de muda. Finalmente, los mamíferos: un cervatillo, dos zarigüeyas (una colgando y una de pie), un oso perezoso, un armadillo con su cría, tres especies de murciélagos. La lista era muy diversa, pero los animales convivían en paz, encaramados uno sobre otro en las vitrinas. Lo único vivo dentro de ellas eran las arañas de patas largas, que dejaban sus hilos transparentes.

Aunque guardaban la mayoría de los especímenes dentro de las vitrinas, los Bianchi habían sacado sus favoritos y los habían desperdigado por la sala. Así, cuando entrabas, te miraba un gallito de las rocas desde la esquina de la puerta; y, junto al sofá, acechaba un majestuoso leopardo, con sus ojos de cristal. Junto a la chimenea estaba el oso hormiguero. Este era mi favorito.

El oso hormiguero se alzaba sobre sus dos patas traseras, y juntaba las dos patas delanteras, como si pidiera misericordia. Probablemente era eso lo que hacía antes de morir. El oso hormiguero fue la primera y la última víctima del señor Bianchi en sus años mozos, antes de descubrir que la taxidermia no era algo que se pudiera heredar, sino una ciencia que requería estudio y práctica. Así, el pobre oso hormiguero parecía tener más articulaciones

de la cuenta y su rostro de cono miraba lastimosamente con ojos bizcos de vidrio. Bianchi había optado por preservar una característica curiosa de este animal, así que había elaborado una lengua falsa (un pedazo de tela rojo), que colgaba desde su hocico hasta casi el suelo, y parecía más una serpentina que un órgano.

Lo que me gustaba del oso hormiguero no era solamente su aspecto ridículo, sino también su abundante pelaje.

Me detuve para acariciarlo mientras repasaba la habitación, y vi cómo sus pelitos caían al suelo sobre mis medias blancas y mis zapatos de charol. Mi vista se detuvo donde siempre iba a parar: en la fotografía de la chimenea.

Era una fotografía antigua de los Bianchi. Estaban uno al lado del otro, en algún lugar de Italia. Él ya parecía el vivo retrato de Miguel Grau, y ella era la mujer más guapa que yo haya visto nunca. En la fotografía, abrazaba a su marido, mientras que sonreía entrecerrando los ojos.

Nosotras no la conocimos así, la conocimos ya como una figura de cera.

—Señoritas, llega ya la señora —anunció la chica de antes, mientras que dejaba una tetera y una tarta sobre la mesita.

—Déjalo, Marta, ya me encargo yo. —La voz de la señora Bianchi la anunció antes de que entrara.

Nosotras nos pusimos una al lado de otra, listas para sentarnos en el sofá apenas ella se sentara en la silla.

A sus sesenta años, la señora Bianchi no tenía ninguna arruga. Sus labios carnosos e hinchados nos dieron un beso en la mejilla a cada una y yo temí que en ese

acto pudieran estallar. Nos observó con sus ojos azules y se sentó, esbozando una mueca. Quizás, un intento de sonrisa.

—¿Qué tal están, niñas?

—Muy bien, señora.

—Ya les he dicho que prefiero que me llamen tía.

—Sí, tía, perdón.

Nosotras no la mirábamos a la cara, sino que seguíamos sus manos, que cortaban mecánicamente la tarta, al compás del tintineo de sus brazaletes.

—¿Les gusta el dulce? Estas son de una pastelería especial, me las recomendó Lorena, dice que están muy buenas... Ten, esta para ti, cariño. Si me acercas tu taza, te pongo un poco de té verde.

Dejé mi taza en la mesita y me llevé el platito al regazo, para poder comer. Me pareció que mi porción era ligeramente más pequeña que la de mi hermana. Tan pequeña, tan delicada. Con azúcar blanca espolvoreada y una pequeña frambuesa que amenazaba con desaparecer entre el merengue.

Ella no comía ni bebía nada, sino que nos miraba, al igual que nos miraban todos los ojos de cristal desde las estanterías.

—¿Te gusta el oso hormiguero? —preguntó de repente, quizás reparando en el pelaje que había caído sobre mis medias.

—Sí, tía. Es mi favorito.

Mi hermana me acercó una servilleta para limpiar las gotas de té que se me habían caído.

—Creo que eres la primera persona que dice eso... ¿Vas a querer más?

Sin darme cuenta, había terminado con mi trozo de tarta y ahora estaba arañando con la cuchara el último rastro de merengue. Ella no hizo ningún gesto para servirme, sino que me miraba desde ese rostro de cera. A mí, a mi hermana, a los animales, al oso hormiguero.

—Sí, por favor —dije antes de poder contenerme.

Ella no dijo nada y se inclinó para cortarme un poco más, mientras yo la miraba. Me imaginé que pestañear le resultaría doloroso. Podías ver cómo se tensaba su piel cada vez que se juntaban sus pestañas pegajosas de rímel, que resaltaban sus ojos cristalinos.

—Mi esposo odia esa cosa —dijo cuando solo se volvía a escuchar el sonido de mi tenedor raspando el merengue restante.

—¿Perdón?

—Al pequeñín de ahí —dijo señalando con una uña roja al oso hormiguero—. Yo creo que lo tiene al lado de la chimenea con la esperanza de que le salte una chispa y lo incinere completo.

Mi hermana se rio, pero yo no.

—¿A usted le da pena?

—¿Quién? ¿El oso o mi marido? —No esperó a que yo contestara—. Para eso está... ¿No crees?

Las tres nos quedamos mirando el oso, mientras nos llegaba la risa de los hombres desde el jardín.

El oso, en un intento patético de alargar su propia vida, nos miraba de vuelta con las patitas juntas. Quizás deseaba él mismo su incineración.

—A mí sí me da pena el oso —dijo mi hermana—. El oso y todos los bicharracos que están encerrados en esta casa.

La señora Bianchi fijó en ella sus ojos antes de soltar una estruendosa carcajada.

—¿Pero a qué te refieres?

Mi hermana no era imbécil. Ninguna de las tres lo éramos. La señora Bianchi rellenoó nuestras tazas de té y nos sumimos nuevamente en el silencio, que fue interrumpido por las voces animadas de los hombres, que se aproximaban. La señora hizo sonar una campanilla, que materializó a la chica de antes con una bandeja de plata, donde se alejaron la tarta y las tacitas.

—¿Qué? ¿Te has divertido? —El señor Bianchi se dirigió a mi hermana, que se acercó a saltitos, dejándonos solas a su mujer y a mí.

Me sentí observada y evité su mirada. Ella dio un paso hacia mí, y a esa distancia pude ver la faja bajo su vestido, e intuí su silueta y sus huesos. Por alguna razón me pude imaginar sus músculos, sus nervios, sus órganos. Corazón, estómago, intestino. Y me pregunté si realmente cabrían todos allí y si la señora Bianchi no estaba también rellena de algodón como todos sus animalitos disecados.

Ella se acuclilló y vi su coronilla, las raíces negras asomaban bajo el pelo rubio. Sacó un pañuelo y frotó mi vestido. Sus manos venosas, con ese *tin, tin, tin* de sus pulseiras doradas, frotaban una mancha que yo no había visto.

—El agua con bicarbonato va muy bien para las manchas de vómito. Deja la ropa impecable.

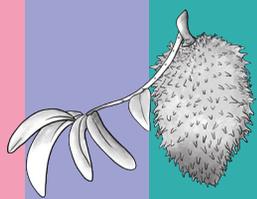
Dejó de frotar y se incorporó, haciendo una mueca desde arriba.

—Lo siento, princesas, pero la visita de hoy se quedará corta —anunció Bianchi—. La señora tiene una cita con el Dr. Lindley. Luis, hay que vernos pronto, ha sido un placer charlar contigo.

Uno a uno nos fuimos despidiendo con un beso en la mejilla, agradecimientos calurosos y promesas de volvernos a ver.

El señor Bianchi se llevó a su mujer y la metió en el coche negro que había comprado el año pasado. Él se dio la vuelta para subirse al otro lado mientras seguía conversando con papá. Ella nos dedicó una última mirada tras la ventana del asiento del copiloto, pero ni mi hermana ni yo pudimos descifrar la expresión de su rostro de plástico, congelado para siempre en el tiempo.





[editorialgraviola.com](http://editorialgraviola.com)